



*BREVE Y COMPENDIOSA RELACION DE LAS PROEZAS
y hechos memorables del invencible y atrevido BADULAQUE,
primo y Capitan General de las armas navales del siempre
invicto Rey de Bastos.*

Escandalícese el mundo,
tiemble el infierno cobarde,
los hombres se atemoricen,
vistan de temor los ayres,
porque sale á la campaña

el valiente Badulaque:
el que á Jauja da renombre
con hechos muy memorables:
aquel rufo, cuyas obras
ocupan en los anales

treinta resmas de papel;
poco he dicho, pero baste.
Yo soy quien di la muerte
á aquel famoso gigante
de la puente de Mantible,
que le llamaban Galafre.
Despues que en España hice
hazañas inmemorables,
me pasé á la gran Turquía,
en donde estando una tarde
dentro de Constantinopla,
paseándome en el parque,
vide pasar al gran Turco,
acompañado de grandes,
sin hacerme acatamiento:
yo reventando en corage,
alcé la mano, y le di
un bufeton arrogante,
con tal ayre y con tal brio,
que aunque es la distancia grande,
cien muelas y cien quijadas
fueron á parar á Flandes.
Alborótanse los moros,
y yo sacando el alfange,
corté cuatrocientas piernas,
rompí cuatro mil turbantes,
murieron cinco mil Turcos,
estos solo de mirarme
el rostro airado y severo,
y nueve mil á mi alfange.
Pidió pactos el gran Turco,
á fin de que me aquietase;
yo entonces les dije á todos,
que con tal que me jurasen
de comer tocino gordo,
no iria el pleyto adelante.
Juraron por su profeta
Mahoma, que en los altares
de la gran casa de Meca
resiste alegre y triunfante,

de comer jalú cocido
con sal, pimienta y vinagre.
Fuime desde allí al gran Cayro,
donde con un arrogante
matasiete tuve un choque,
y en un punto, en un instante,
fue á cenar á los infiernos,
y eran las tres de la tarde;
pues lo cogí entre las palmas,
y apretando al miserable,
el sumo le hice que diese
por las mas menudas partes.
Acuden á darme muerte
sus amigos y parciales;
mas yo entre perros de falda,
sin que me altere ni espanté,
un zurrón lleno de orejas
saqué no mas de este lance.
Con aquestas niñerías,
voló mi fama en el ayre,
tanto, que todos temblaban
en nombrando á Badulaque.
Dicen Virgilio y Horacio
en sus escritos notables,
que mató Aquiles á Héctor;
pero mienten como infames,
que yo lo maté. Fue el caso,
que oyendo hazañas tan grandes,
enfadado de que hubiese
otro hombre que me igualase,
me partí á Frigia á buscarlo,
y en un espacioso valle
lo encontré por su desgracia
con cien hombres de su parte;
les acometí animoso,
y á los golpes de mi alfange
rindieron todos sus vidas,
sin que nadie se escapase.
A Hércules y á Perseo
los maté por deleytarme;

maté á Amadís de Niquea,
y á Domiciano el gigante,
sin otros mil estafermos,
que no quiero ahora acordarme.
Un dia en una pendencia
tiré un tajo tan pujante
á un hombre, que de alto á bajo
quedó hecho dos mitades.
Diéronme ciertas noticias,
que mi amigo Chiquisnaque
en Flandes estaba preso,
y allá me parti al instante,
donde supe por extenso,
que cierta muger su amante
era causa que á galeras
al dicho lo sentenciasen.
Informéme de su casa,
y un domingo por la tarde
abalancéme furioso,
á tiempo que en fiesta y bayle
estaban en una sala
muchas damas y galanes:
iba á sacar el acero,
pero antes que lo sacase,
se cayeron todos muertos
solo con ver mi semblante.
Salí de allí, y al momento
me fui derecho á la cárcel;
llegué allá, y con desenfado
al carcelero las llaves
le pedi, y darlas no quiso;
con que levantando el guante,
le tiré tan fuerte el golpe,
que se quedó el miserable
aplastado contra el suelo,
hecho una torta de carne;
y de un puntapié las puertas
eché en el suelo al instante,
soltando todos los presos,
y á mi amigo Chiquisnaque.

Fui á salir la puerta á fuera,
y hallé atajada la calle
de ministros de justicia,
y soldados arrogantes,
con dardos, con escopetas,
y otras armas desiguales.
Yo al momento echando mano
al acero relumbrante,
me planté en medio de todos,
diciendo: viles, cobardes,
al valor de aqueste brazo
hoy morireis como canes.
Ya corto piernas y muslos,
ya cabezas y gaznates,
que á seis heridas por golpe
me salian muy cabales.
A rebato las campanas
tocaron luego al instante:
toda la ciudad acude
á prenderme ó á matarme;
pero yo en medio de todos
me revuelvo como un padre.
Al fin me dejaron solo,
huyendo como cobardes;
porque á no huir, vive crispo,
cada uno por su parte,
la pobre ciudad quedára
como escuela de danzantes.
Salimos pues, yo y mis presos,
que habian vuelto á la cárcel;
y viendo que en este mundo
no me competia nadie,
me parti para el infierno,
que dicen hay hombres grandes.
Los demonios que supieron
que iba yo á desafiarles,
cerraron todas las puertas,
temerosos y cobardes.
Como jugando les di
un puntapié, y al instante



cayeron hechas pedazos,
dejando la entrada fácil.
Llegué al Leteo, que es río
de muy copiosos raudales:
quise pasar por la barca,
y un diablo muy arrogante,
á quien llaman Aqueronte,
quiso estorbarme el pasage,
y lo heché dentro del río,
en cuyas corriente yace.
Pasé al fin al otro cabo,
y estando de esotra partè,
salió á mí como un demonio
el Cancervero espantable.
Me embistió; mas yo valiente
lo agarré por el gaxnate,
y le arranqué la cabeza,
dejándolo palpitante.
Rufian, Melec y Alecto,
con sus furias infernales,
acudieron como un rayo;
mas yo encendido en corage,
los así á todos tres juntos,
y fueron de la otra partè
á parar de los infiernos
ochenta leguas cabales.
Tambien maté las Alpías
y Verbenas arrogantes,
Llegué á córtes del infierno,
y Luzbel mandó al instante,
saliesen á recibirme
com trompetas y timbales.
Entré, y el diablo cojuelo
me hizo no sé qué visages,
y allí de una tabanada
le deshice los quijares.
Berrugo y Nayben sus primos
se empeñaron en vengarle;
mas quedaron castigados
de aqueste brazo arrogante.

Receloso de mis hechos,
procuró Luzbel galante,
para tenerme contento,
en su corte regalarme.
Me llevó á ver sus jardines,
sus retretes y sus parques,
sus edificios y torres,
y sus fuertes baluartes.
Todo lo ví muy despacio,
aunque con disgusto grande,
porque hace en aquella tierra
un calor intolerable.
No quise pues parar mucho
en tierra tan detestable:
dí en breve vuelta á mi casa,
y en ella encontré á mis padres.
Alegres me recibieron,
y yo traté de aquietarme,
despues de haber hecho tantos
arrestos y atrocidades,
que no caben en la pluma,
y ni en la memoria caben.
Doscientas mil muértas tengo
hechas por mis crueldades:
las caras que yo he cortado,
han sido diez mil cabales;
y las redomas de tinta,
que he dado en diversas partes,
han sido mil y quinientas;
estocadas penetrantes,
heridas y cuchilladas,
han sido dos mil millares.
Ciento y dos mil bofetadas
he dado, que el rostro en sangre
bañaba con cada una,
tan civil como arrogante.
Esta es, pues, la vida ilustre
del valiente Badulaque,
y si hay quien me compita,
valiente ó jaque, que hable. FIN.